

ba su muerte, el pueblo la consideraba como una pérdida y el gobierno como una ocasión. Su muerte fué un duelo general, duelo que, como todo lo que es amargo, puede trocarse en revuelta.

Así sucedió.

La víspera y la mañana del 5 de Junio, que era el día fijado para el entierro del general Lamarque, tomó terrible aspecto el arrabal de San Antonio, por el que debía pasar el cortejo; aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Sus vecinos se armaban como podían. Los carpinteros llevaban las herramientas de sus talleres "para echar abajo las puertas". Uno de ellos se hizo un puñal de un gancho de zapatero, rompiendo el garabato y aguzando la espiga. Otro, acometido por la fiebre de "atacar", dormía vestido ya tres noches.

Un aserrador, que se llamaba Lombier, encontró á un compañero suyo y le preguntó:

—A dónde vas?

—Eso estoy pensando... no tengo armas.

—Entonces qué vas á hacer?

—Iré á la carpintería y tomaré un compás.

—Para qué?

—No lo sé.

Un tal Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba á los obreros que pasaban y los llamaba; les pagaba un cuartillo de vino y les preguntaba:

—Tienes trabajo?

—No.

—Pues vé á casa de Filspierre, entre el portillo de Montreuil y el de Charonne, y allí encontrarás.

En casa de Filspierre encontraban armas y cartuchos.

Ciertos jefes conocidos *corrian la posta*, es decir, iban de una parte á otra para reunir á su gente.

En la taberna de Barthelemy, en el figon de Capel y en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban unos á otros con aspecto misterioso y se preguntaban y respondían:

—Dónde llevas la pistola?

—Debajo de la blusa. Y tú?

—Debajo de la camisa.

En la calle Traversiere, delante del taller Roland, y en la plaza de la Casa Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Entre los hombres que los constituían sobresalía un tal Mavot, que no trabajaba más de una semana en ningun-

na parte; los maestros lo despedían porque se veían precisados á disputar con él todos los días. Le mataron al día siguiente en la barricada de la calle Menilmontant. Pretot, que también estaba en el grupo y debía morir también en la lucha, preguntaba á Mavot:—"¿Qué quieres?"—"La insurrección", le respondía aquel.

Algunos obreros, que se habían reunido en la esquina de la calle de Bercy, esperaban á un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo. Las órdenes de aviso se cambiaban casi públicamente.

El día 5 de Junio, día en que hubo intervalos de lluvia y de sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con pompa militar oficial, pero aumentada por precaución. Escoltaban el féretro dos batallones con los tambores enlutados y con los fusiles á la fune-rala, diez mil guardias nacionales y baterías de artillería. Detrás iba innumerable multitud, agitada y extraña; los Amigos del Pueblo, la Escuela de Derecho, la de Medicina, los proscritos de todas las naciones; banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, impresores, agitando palos casi todos y sables, andando sin orden, dando gritos, y, á pesar de esto, guiados por el mismo pensamiento y pareciendo aquel conjunto ya una confusión, ya una columna. Algunos pelotones tenían jefe; un hombre que llevaba un par de pistolas parecía que pasaba revista á otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso. Hormigueaban cabezas de hombres, de mujeres y de niños en los paseos de los boulevares, entre las ramas de los árboles, en las ventanas y en los tejados. Pasaba una multitud armada y la contemplaba otra multitud curiosa.

Por su parte el gobierno vigilaba, vigilaba con la mano en el puño de la espada. Estaban preparados para cualquier acontecimiento; carabinas y fusiles cargados y cartucheras llenas: en la plaza de Luis XV se veían cuatro escuadrones de carabineros, montados y con los clarines al frente; en el barrio Latino y en el Jardín Botánico estaba la Guardia municipal escalonada de calle en calle; en el mercado de vinos un escuadrón de dragones; en la plaza de la Grève una mitad del 12.º ligero y la otra mitad en la Bastilla; el sexto de dragones en los Celestinos, y la artillería llenaba la pla-

za del Louvre. El resto de la guarnición estaba acuartelada, excepto los regimientos de las afueras de París. La inquietud del poder suspendía sobre la muchedumbre amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

Entre el acompañamiento del entierro circulaban diferentes rumores. Se hablaba de intenciones legitimistas, se invocaba el nombre del duque de Reichstadt, al que Dios condenaba á muerte en el mismo instante en que la multitud lo designaba para el imperio. Un desconocido anunciaba que á la hora que habían prefijado ciertos contramaestres, éstos abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En las frentes descubiertas de la multitud de espectadores se leía el entusiasmo mezclado con el abatimiento.

Entre la muchedumbre, presa de emociones violentas, pero nobles, se destacaban rostros de malhechores y bocas innobles que decían:

—Robemos!

Estas agitaciones remueven el fondo de los pantanos y hacen subir á la superficie del agua nubes de cieno.

El acompañamiento caminaba con lentitud febril desde la casa mortuoria, por los boulevares, hasta la Bastilla. Llovía de vez en cuando, pero la lluvia molestaba poco á los acompañantes.

En la carrera ocurrieron varios incidentes: pasearon el ataud alrededor de la Columna de Vendôme; apedrearon al duque de Fitz-James, que estaba en un balcon con el sombrero puesto; arrancaron el gallo de los galos de una bandera popular y lo arrastraron por el lodo; hirieron de un sablazo á un agente de policía en la puerta de San Martín; un oficial del 12.º ligero decía en alta voz:—"Soy republicano". La Escuela politécnica, despues de su consigna forzada, gritó:—"Viva la Escuela politécnica! ¡Viva la República!..."

Estos hechos se efectuaron durante el tránsito del fúnebre convoy. Al llegar á la Bastilla, la multitud de curiosos que descendía del arrabal de San Antonio se unió al acompañamiento y principió á oírse terrible murmullo.

Un hombre decía á otro:

—¿Te has fijado en aquel que lleva perilla roja? Pues ese dirá cuándo hemos de disparar.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el Canal, atravesó el puente pequeño y llegó á la esplanada del puente de Aus-

terlitz. Allí se paró. Trazóse un círculo alrededor del coche fúnebre; el acompañamiento guardó silencio: Lafayette habló y se despidió de Lamarque. ¡Momentos augustos y tiernos, en los que todas las cabezas se descubrieron y todos los corazones palpitaron!

De pronto apareció en medio del grupo un hombre vestido de negro, á caballo, llevando una bandera roja, según unos, ó una pica terminada por un gorro frigio, según otros. Al verle Lafayette volvió la cabeza. Excelmans abandonó el convoy.

El jinete negro levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos rumores terribles que parecen una marejada de las muchedumbres corrió desde el boulevard de Boudon hasta el puente de Austerlitz: oyéronse gritos prodigiosos:

—Lamarque al Panteón!—Lafayette al Hotel de Ville!

Al oír estas exclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el coche fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz y en otro coche á Lafayette por el muelle Morland.

Entre la multitud que rodeaba y aclamaba á Lafayette se hacia de señalar un alemán, que se llamaba Ludwig Suyder, que murió centenario, habiendo estado en la guerra de 1776 y habiendo peleado en Trenton á las órdenes de Washington y en Brandywine á las de Lafayette.

Entre tanto por la orilla izquierda la caballería municipal se ponía en movimiento para ir á ocupar el puente; por la derecha los dragones salían de los Celestinos y se desplegaban á lo largo del muelle Morland. Al verlos en la esquina del muelle, el grupo que arrastraba á Lafayette gritó:—Los dragones!

Los dragones avanzaban al paso, silenciosamente, con las pistolas metidas en las pistoleras, con los sables envainados, con las carabinas en el mosqueton, con aire sombrío de espera. A doscientos pasos del puente se pararon. El coche que conducía á Lafayette llegó hasta ellos; abrieron las filas, le dejaron pasar y volvieron á cerrarlas. En aquel momento estaban casi codeándose los dragones con el gentío; las mujeres huyeron atemorizadas.

Qué sucedió en aquel momento fatal? Nadie podrá decirlo. Fué el momento tenebroso en que se chocan dos nubes. Unos dicen que por la parte del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba ataque; otros, que un muchacho dió una puñala;



da á un dragon. Lo cierto fué que se oyeron tres tiros; el primero mató á Chollet, jefe del escuadron; el segundo á una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial. Mientras una mujer gritaba:—“¡Se empieza muy pronto!”, se vió por la parte opuesta al muelle Morland á un escuadron de dragones desembocar al galope y con los sables desnudos por la calle de Bassompierre y por el boulevard Bourdon y barrer todo lo que se les ponía por delante.

Entonces se desencadenó la tempestad: llovieron piedras, estalló el fuego; unos se precipitaron por los ribazos y pasaron el estrecho brazo del Sena, hoy ya cegado; las canteras de la isla Souviers, vasta ciudadela natural, se erizó de combatientes; arrancaron las estacas, dispararon pistoletazos, bosquejaron una barricada; los jóvenes, rechazados, pasaron el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga y atacando á la Guardia municipal; acudieron los carabineros; los dragones acuchillaban, la multitud se dispersó en todas direcciones, y rumor de guerra estalló en los cuatro extremos de Paris.

## IV.

## El hervor de otro tiempo.

¡Son extraordinarias las primeras agitaciones del motin, que estallan á un mismo tiempo en todas partes. ¿Estaba previsto? Sí. Estaba preparado? No. Pues de dónde salía? Del empedrado. De dónde caía? De las nubes. La insurreccion tiene en unas partes el carácter de complot y en otras el de improvisacion.

El primero que aparece se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio que espanta y al que se mezcla formidable alegría. Empieza por clamores, por el cierre de las tiendas, por desaparecer los escaparates; despues se oyen tiros aislados, huye la gente, se dan culatazos en las puertas-cocheras, las criadas se rien en los patios de las casas y exclaman:—*¡Se mueve jarana!*

En menos de un cuarto de hora, en veinte puntos de Paris pasaba lo que vamos á relatar.

En la calle de Santa Cruz, una veintena de jóvenes, con la barba y el cabello largos, entraban en una taberna y

salian poco despues con una bandera tricolor horizontal, cubierta con crespon; á la cabeza de ellos iban tres hombres armados, uno con sable, otro con fusil y el tercero con una pica.

En la calle de Nonaindieres, un hombre bien vestido, barrigudo, calvo, con barba negra, ofrecia públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro, algunos hombres, con los brazos desnudos, paseaban una bandera negra que llevaba escrito con letras blancas: *República ó muerte.*

Las calles des Jenneurs, del Cuadrante, de Montorgueil y de Maudar, las recorrían grupos que izaban banderas en las que se leía en letras de oro la palabra *Seccion*, con un número. Una de ellas era roja y azul con imperceptible faja blanca.

En el boulevard de San Martin saqueaban una fábrica de armas y otras tres tiendas de armeros de las calles inmediatas. En pocos minutos las innumerables manos de la multitud se apoderaron de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables y de ochenta y tres pistolas.

Enfrente del muelle de la Grève, algunos jóvenes, armados con mosquetes, se instalaban en casas de mujeres públicas para hacer fuego desde allí. Llamaban, entraban y se dedicaban á hacer cartuchos.

Un grupo entraba en una tienda de antigüedades de la calle de Vieilles-Handriettes y cogía en ella yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacía en la calle de la Perla.

En los muelles, en los boulevares, en el barrio Latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes y seccionarios leían proclamas y gritaban:—“A las armas!” Rompian los faroles, desenganchaban los coches, desempedrabán las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, rodaban toneles y amontonaban piedras, adoquines, muebles y tablas; hacían barricadas.

Obligaban á los ciudadanos á ayudarles; entraban en las casas y exigían á las mujeres que les entregasen el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con tiza en la puerta: *Ya han entregado las armas.* Algunos firmaban recibos de fusil y sable, diciendo: *Enviad por ellos mañana á la Alcaldía.* Desarmaban en la calle á los centinelas aislados y ar-

rancaban las charreteras á los oficiales que encontraban sueltos.

En el barrio de Santiago los estudiantes salían á grupos de sus casas y subían por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los Siete Billares de la calle de los Maturinos. A las puertas se subían en guardacantones y repartían armas. Saquearon la carpintería de la calle Transnonain para hacer barricadas. Solo en un punto se resistían los vecinos, en las calles de Saint-Avoys y de Simon-le-Franc, donde ellos mismos destruían la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada que habían principiado á construir en la calle del Temple, despues de hacer fuego contra un destacamento de la Guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas. Los guardias nacionales desgarraron la bandera, llevándose los pedazos en las puntas de las bayonetas.

Lo que referimos, lenta y sucesivamente se verificaba á un mismo tiempo en casi todos los puntos de la ciudad.

En menos de una hora se levantaron veintisiete barricadas solo en el barrio del Mercado. En el centro estaba situada la famosa casa núm. 50, que sirvió de fortaleza, en la que se retiró Juana y sus ciento seis compañeros, flanqueada por una parte por la barricada de San Merry y por la otra por la barricada de la calle de Mambuée, y que dominaba tres calles, la de Arcis, la de San Martin y la de Aubry-le Boucher, á que daba frente.

Había innumerables barricadas en otros veinte barrios de Paris. En la de la calle de Menetriers un hombre bien vestido distribuía dinero á los trabajadores. Un joven rubio, sin corbata, iba de una barricada á otra comunicando órdenes. Otro, con sable desenvainado y gorra de polizonte, ponía los centinelas.

En lo interior, más allá de las barricadas, las tabernas y las porterías se habían convertido en cuerpos de guardia. Dirigía el motin ingeniosa táctica militar. Eligió con acierto las calles estrechas, desiguales, torcidas y llenas de ángulos y de recodos, sobre todo los alrededores de los mercados, que eran un laberinto de calles, intrincado como un bosque. Se creía que la Sociedad de los Amigos del pueblo dirigía la insurreccion del barrio de Saint-Avoys. A un

hombre muerto en la calle del Ponceau le registraron y se le encontró en el bolsillo un plano de Paris.

Llevaba realmente la direccion del motin una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurreccion construyó barricadas con una mano y con la otra se apoderó de todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas los insurgentes invadieron y ocuparon en la orilla derecha del Sena el Arsenal, la Alcaldía de la plaza Real, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Chateau-d'Eau, todas las calles próximas al Mercado; en la orilla izquierda del Sena el cuartel de Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Maubet, el polvorin de los Dos Molinos y todos los portillos.

A las cinco de la tarde se habían apoderado de la Bastilla, de la Lingerie, de los Blanes Manteaux; sus tiros llegaban hasta la plaza de las Victorias, y amenazaban al Banco, al cuartel de los Petits-Peres y á la Casa Correo. Los amotinados ocupaban la tercera parte de Paris.

La lucha estaba gigantescamente empeñada en todos los puntos; empezó á pedradas y continuó y seguía á tiros. Hácia las seis de la tarde el Pasaje de Saimson se convirtió en campo de batalla. Los insurrectos ocupaban un extremo y la tropa el otro; se fusilaban desde una verja á la otra. Un observador, el autor de este libro, que fué á ver el volcán de cerca, se encontró entre dos fuegos dentro del Pasaje, y no halló para librarse de las balas más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas, pasando en tan peligrosa situacion más de media hora.

Entre tanto el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestían y armaban con rapidez, las legiones salían de las mairías y los regimientos de los cuarteles. Frente al Pasaje del Ancora le dieron una puñalada á un tambor. A otro le asaltó en la calle del Cisne un grupo de jóvenes, que le rompieron la caja y le quitaron el sable; otro yacía muerto en la calle del Granero de San Lázaro. En la de Michel-le-Comte mataron á tres oficiales, uno detrás de otro.

Retrocedían algunos guardias municipales heridos en la calle de los Lombardos.

Delante de la Cour-Batave encontró un destacamento de guardias nacionales una bandera que tenía la siguiente inscripcion: *Revolucion republicana, nú-*



mero 127. ¿Fue verdaderamente una revolución?

El motin hizo del centro de Paris una especie de ciudadela intrincada, tortuosa, colosal. Allí estaba el foco; lo de otras partes eran escaramuzas, y la prueba de que allí se habia de decidir la cuestion, era que allí no habia empezado la lucha aun.

En algunos regimientos los soldados estaban indecisos, lo que aumentaba la incertidumbre terrible de la crisis; dichos soldados recordaban la ovacion popular que recibió en Julio de 1830 la neutralidad del regimiento 33.º de línea. Mandaban las tropas dos generales intrépidos de las grandes guerras, el mariscal Lobeau y el general Bugeaud; éste á las órdenes del primero.

Iban reconociendo las calles sublevadas partidas en gran escala, compuestas de batallones de línea, á los que rodeaban compañías enteras de guardias nacionales y á las que precedía un comisario de policía.

Los insurgentes á su vez ponian vigías en las esquinas de las encrucijadas y enviaban con audacia patrullas fuera de las barricadas. Se acechaban por ambas partes. El gobierno, que tenia un ejército en la mano, titubeaba. Se acercaba la noche y se oía el toque de rebato en Saint-Merry.

El ministro de la Guerra, el mariscal Soult, que estuvo en Austerlitz, examinaba el motin con aspecto sombrío. Estos viejos marinos, que están acostumbrados á las maniobras correctas, sin más recurso ni guía que la táctica, que es la brújula de las batallas, quedaban desorientados ante la espuma inmensa que se llama cólera pública.

El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudian de prisa en desorden. Un batallon del regimiento del 12.º ligero venia á paso de carga de San Dionisio; el 14.º de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela Militar se habian posesionado de Carrousel; la artillería bajaba de Vincennes.

En las Tullerías habia completa soledad: Luis Felipe, sin embargo, estaba muy sereno.

#### Originalidad de Paris.

**D**urante dos años, Paris habia sido teatro de algunas insurrecciones. Fuera de los barrios sublevados, nada es tan extrañamente tranquilo como el aspecto de la gran ciudad durante el motin.

Paris se acostumbra pronto á todo, y tiene tantos negocios, que no se ocupa de una cosa tan insignificante como un motin. Solo las ciudades colosales pueden ofrecer semejantes espectáculos; solo los inmensos centros de poblacion pueden contener en su recinto guerra civil y extraña tranquilidad al mismo tiempo.

Habitualmente, cuando empieza la insurreccion, al oír el toque de llamada del tambor, el tendero se limita á decir:

—Parece que hay jarana en la calle de San Martin ó en el arrabal de San Antonio.

Algunas veces añade con aire indiferente:

—O en alguna otra parte.

Luego, cuando llega á sus oídos el extrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, exclama:

—Se vá formalizando! ¡Parece que se calienta el horno!

Despues, si vé que se aproxima el motin, cierra apresuradamente la tienda y se pone en seguida el uniforme; es decir, deja seguras sus mercancías y expone su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje ó en un callejon; mientras se toman y se pierden barricadas; mientras corre la sangre y los cadáveres se amontonan en las calles, se oye el choque de las bolas de un billar inmediato.

Los teatros abren las puertas y representan vaudevilles; los curiosos charlan y rien á pocos pasos de las calles donde es cruda la pelea; los coches hacen viajes; los vecinos salen á comer al campo, y á veces esto sucede en el mismo barrio donde está empeñada la lucha. En 1831 suspendieron una descarga para dejar pasar una boda.

Durante la insurreccion del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martin, un viejo achacoso, que llevaba un carretón cargado de garrafas de refres-

cos, iba y venia, desde una barricada hasta la tropa y desde la tropa hasta la barricada, ofreciendo su género imparcialmente á la anarquía y al gobierno.

Esto es muy raro, pero es propio del carácter de los motines de Paris, y esto no sucede en ninguna otra capital, porque para que suceda se necesitan dos cosas: la grandeza y la alegría de Paris; es preciso ser la ciudad de Voltaire y de Napoleon.

Sin embargo, en la alarma del 5 de Junio de 1832 la gran ciudad sintió algo que era quizás más fuerte que ella. Tuvo miedo. Se vieron en todas partes, hasta en los barrios más lejanos y más indiferentes, cerradas las puertas y las ventanas en pleno dia. Los valientes se armaron y los cobardes se escondieron. Desapareció el transeunte curioso ó desocupado y muchas calles estaban desiertas como á las cuatro de la madrugada. Se referian por todas partes hechos alarmantes y noticias fatales.—Que los sublevados se habian apoderado del Banco; que solo en el claustro de Saint-Merry habia seiscientos, concentrados y parapetados en la iglesia; que la tropa de línea no inspiraba confianza; que Armand Carrel habia ido á ver al mariscal Clausel, y que éste dijo:—*Contad antes siquiera con un regimiento*; que Lafayette estaba enfermo, pero que habia dicho:—*Soy vuestro*; que era preciso estar con cuidado, porque habia gente dispuesta para saquear á la noche las casas aisladas de los extremos de Paris; que habian establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, porque á la media noche ó al rayar el dia se lanzarian á un tiempo cuatro columnas contra el centro del motin, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta de San Martin, la tercera desde la plaza de la Grève y la cuarta desde el Mercado; que no se sabia lo que sucederia, pero indudablemente algo muy grave. Tambien les preocupaba en gran manera la vacilacion del mariscal Soult y extrañaban que no atacase en seguida. Estaba profundamente pensativo: el viejo leon parecia que olfateaba en la oscuridad á un monstruo desconocido.

Llegó la noche y los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban irritadas; registraban á los transeuntes, detnian á los sospechosos. A las ocho de la noche tenian presas á más de ochocien-

tas personas; la Prefectura estaba llena, la Conserjería atestada y la cárcel de la Fuerza tambien.

Los vecinos se fortificaban en las casas; las mujeres y las madres estaban inquietas y angustiadas. Solo á lo lejos se oía rodar algun coche. Al pasar por las puertas sonaban rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas:—“Esa es la caballería,” ó “Son furgones que galopan,”—Se oían tambores, clarines, tiros, cañonazos y el toque á rebato de Saint-Merry. Los hombres salian por detrás de una esquina y desaparecian gritando:—“Encerraos en casa,”. Y todos se apresuraban á pasar los cerrojos de las puertas. Algunos preguntaban:—“En qué parará esto?,” Por momentos, á medida que iba entrando más la noche, Paris parecia que se coloraba más lúgubrememente con el terrible fulgor del motin.

## LIBRO UNDÉCIMO.

### El átomo fraterniza con el huracán

#### I.

Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico sobre su poesía.

**D**esde el instante en que surgió la insurreccion del choque del pueblo y de la tropa enfrente del Arsenal, empezó un movimiento decisivo de delante hacía atrás en la muchedumbre que seguía al féretro, la que en toda la longitud de los boulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza de la comitiva y produjo espantosa confusion.

Se conmovió el tropel, se rompieron las filas y todos corrieron á un mismo tiempo, los unos atacando y huyendo los otros.

El gran rio humano que corria por los boulevares se dividió en dos, y en un santiamén se desbordó á derecha é izquierda y se extendió en torrentes por doscientas calles á la vez, con la impetuosidad de una exclusiva que dejan abierta.

Un muchacho haraposo, que bajaba por la calle de Menilmontant y llevaba en la mano una rama de citiso en flor, que habia cogido en las alturas de Belleville, dividió en la delantera de una